

C'est le destin. Il faut une proie au trepas.
 Il faut que l'herbe tombe au tranchant des faucilles.
 Il faut que dans le bal les folâtres cuadrilles.
 ¡Foulent des roses sous leurs pas!

Somos crueles, somos criminales. Dumas decía: «cuando un hombre golpea á una mujer, siempre venga á álguien.» Si nosotros amáramos, bien podríamos decir: cuando una mujer traiciona á su amante, venga á otra.



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Calle 1625 MONTEVIDEO, URUGUAY

LA SONATA DE KREUTZER.

El Administrador de Correos de Nueva York (literato desconocido), ha dispensado al conde León Tolstoi la alta honra de prohibir su novela «La Sonata de Kreutzer.» En una sociedad que no se singulariza, ciertamente, por la fidelidad conyugal, parece extraño que se ponga veto á la venta de un libro que habla de adulterio. Y más extraño parece todavía que el Director ó Administrador de Correos sea el juez supremo en estos asuntos de moral.

Si ese caballero es un puritano que no transige ni hace transigir con las intemperancias y osadías de la novela moderna, le aconsejaría yo que renunciara el puesto, para no ponerse en pugna con su conciencia. Sí; ese señor no nació para Administrador de Correos. Hay que decirle lo que Hamlet dijo á Ofelia: *¡Vete á un convento!*

Casi todas las novelas que se publican en París son inmorales, ó mejor dicho, hablan de cosas que no son para dichas. Las que no son inmorales, generalmente son tontas, con excepción de algunas como «El Abate Constantino» de Ludovico Halevy, otra de Feuillet, y las *Marinas* ó paisajes, de Loti. De modo que si el Director de Correos en Nueva York se propone impedir la lectura de novelas inmorales, vale más que resueltamente no dé pase á ninguna de las que se publiquen en Europa. Suelen ser muy morales las novelas inglesas, de autoras contemporáneas; pero estas no viajan, nadie las lee. De las españolas han de parecer perversas al Director de Correos las últimas de Pérez Galdós; así que, en obvio de mayores dificultades, lo que debe decir y promulgar como decreto, es lo siguien-

te: «Para guardar la inocencia de los yankees y de las yankees, se prohíbe en los Estados Unidos la lectura de toda novela que no sea Pablo y Virginia.

Miremos ahora el cuerpo del delito: la «Sonata de Kreutzer.» La publicó en París hace muy poco un diario católico y de muy buen tono, el *Figaro*. La han leído, por tanto, las damas aristocráticas y hasta los confesores de las damas aristocráticas. ¿Cómo no causó escándalo en esos círculos relativamente honrados, el libro de Tolstoi? ¿A tal extremo de corrupción habrá llegado la sociedad parisiense? ¿Necesitará que los yankees la moralicen y depuren? ¿El libro del novelista ruso es realmente inmoral? Este es el punto que me propongo examinar muy de pasada.

La «Sonata de Kreutzer» es, en resumidas cuentas, una formidable requisitoria contra la indisolubilidad del matrimonio. No es una novela: es un monólogo. El matrimonio, mientras el amor dura, es duro. Y sin el amor, es el monólogo de dos. Por eso es la «Sonata de Kreutzer» un monólogo.

El autor nos presenta el choque de dos electricidades. Hay dos personas condenadas á vivir juntas y que se aborrecen por lo mismo que la ley oblígales á amarse. El odio de ambas, represso y comprimido, aprovecha la menor juntura para salir y manifestarse. Ayer fué un *beefsteak* mal hecho; hoy es una vela que no está encendida á tiempo; mañana será un perro que ladra, un plato que se cae. De cuando en cuando el eterno tentador y la eterna necesidad, aproximan á esos dos enemigos. Pero—y en ello está precisamente el mérito físico-fisiológico de la novela,—de ese encuentro fatal nace en seguida el rayo, como del choque de dos nubes densamente cargadas de electricidad negativa y positiva. La naturaleza junta por un instante á esos dos contendientes, y después ambos sienten vergüenza de haberse necesitado. Fueron cómplices de un delito momentáneo . . . y se detestan.

Guerra terrible es la que narra el conde Tolstoi! Es la guerra de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes. La misma futilidad de los movimientos que ocasionan cada crisis, cada batalla entre esos dos esposos, marca la intensidad del odio que se tienen.

Y ¿odio, por qué? Porque están irremediabilmente juntos; porque no pueden separarse.

¿Este es el matrimonio?—se dirá.—No, por cierto, pero este es un matrimonio; uno de tantos matrimonios: dos hermanos siameses,

que no son hermanos, y á los que ha pegado y soldado para toda la vida un precepto social.

Dada esta falta de amor, es lógica, enteramente lógica, toda la conducta del marido. El dió á la mujer su nombre, la honra, la fortuna; se dió á ella hasta la muerte, y cuando observa que se equivocó, que no había comprado lo que se propuso comprar, y que ya su vida, toda su vida, estaba entregada como precio de la compra, se rebela rabioso, no contra la sociedad que no tiene cuerpo, que no tiene boca para responder ni manos para reñir, sino contra la esposa que es el cuerpo del delito y que puede proporcionarle el placer de un altercado. Es como el niño que se descalabra al dar con la cabeza en la pared y que, en seguida, golpea furioso la pared, haciéndose más daño. Esto es ilógico, pero humano.

No veo que la tesis de esta novela sea inmoral. El autor no dice,—así son todos los matrimonios,—sino:—Hay matrimonios así. Y ¿qué consecuencia se desprende de este ejemplo? Pues la de que el hombre y la mujer antes de unirse con perpetuos vínculos, deben conocerse, estudiar y reflexionar con mucho seso si la unión les conviene.

Son demasiado *naturalistas* algunos detalles de este libro; pero en ningún caso lo son tanto como los que abundan y menudean en las novelas de Zolá, en las de Maupassant, ni mucho menos en las de Catulo Méndez. Las de este último escritor sí son inmorales, por cuanto á que no entrañan lección alguna, y sí presentan cuadros libidinosos que excitan la imaginación y provocan al vicio. Catulo Méndez, con todo su talento de artista, que es bien grande, pinta siempre muy bonito lo que nunca es feo, pero siempre es perjudicial.

En Tolstoi no hay voluptuosidad; él no halaga los sentidos; no habla á los ojos con líneas ó colores, va derecho al pensamiento. Y sorprenden sus obras, porque hay en ellas una franqueza ruda, semi salvaje, á lo que no estamos habituados. Parece carne cruda lo que escribe. Chorrea sangre y él no se cuida de ponerle salsa.

Ved como anatomiza Paul Bourget: es un cirujano elegante. Tolstoi no: corta con el cuchillo, como un carnicero.

Viene de las cavernas del pesimismo; surge tiznado de hollín; ha visto á muchos sufrir mucho; y no esconde su amargura; no envuelve sus dolores en el manto de la retórica; grita, y su voz imprecativa es como aquellas que oyó el Dante en el tercer círculo del infierno.

Esa voz ha asustado al pudibundo Administrador de Correos de Nueva York.

Clarín, el insigne crítico español, es el reverso de D. Juan Valera. Por el talento se parecen ambos; por la erudición, colijo que D. Juan es hermano mayor del tal *Clarín*, así como éste, junto á Valera, parece el mayorazgo, el más acaudalado en cuanto á gra- cejo y donaire; pero *Clarín* es el reverso de D. Juan, porque dice siempre lo que piensa, porque no alaba libros malos; en una pala- bra, porque no transige con los necios. Suele ser injusto; pero siem- pre es franco. Es muy amigo de Campoamor; pero es más amigo de la verdad. Y cuando Campoamor la echa de filósofo, cuando es- cribe tratados de «Poética,» Alas ó sea *Clarín*, dice al maestro: mi admirable amigo, Ud. no nació para eso. Y lo malo, para Campoa- mor, es que *Clarín* tiene razón. ¡Qué Poética la del autor de las *Doloras!* No es colección de preceptos, es colección de paradojas sostenidas por andamiaje de sofismas. Para Campoamor todo es lí- cito: robarse pensamientos y frases, hacer versos cojos, violar todas las leyes de la gramática y de la retórica. Lo único que exige á los poetas es que tengan talento. Y en verdad que este requisito es in- dispensable; pero también hay otros á que tienen que sujetarse los poetas. En una sociedad civilizada no basta tener pelo: es preciso peinarlo. Si todos los poetas fueran como Campoamor, ricos de inge- nio, próceres del pensamiento, podríamos perdonarles las incorrec- ciones y los defectillos que menudean en los «Pequeños Poemas,» mas sin decir por eso que tales descuidos son bellezas literarias. La

poesía de Campoamor es bella, *madgré tout*, como es hermosa una mujer hermosa, aún antes de salir del tocador. Pero la misma dama nos parece más hermosa todavía cuando la vemos bien peinada y bien vestida. Desengañese al maestro: el agua y la retórica son útiles. Lavarse es conveniente.

¡Qué estragos causarían, si fueran aceptadas las doctrinas del gran poeta! como todos los versistas creen que tienen muchísimo talento, se juzgarían dispensados del menor aliño. Saldrían desnudos, por decirlo así. . . . y no todos los hombres están para salir desnudos.

Clarín combate estas paradojas, en su último folleto literario, titulado *Meseun*. Y también da uno que otro arañó á la Sra. Pardo Bazán.

Parece que en este asunto, en el de los araños, el crítico procede con alguna injusticia. Con alguna, no con mucha, y hasta tentado estoy de escribir que con poquísima injusticia. A *Clarín* le cargan las mujeres literatas. A mí también. Pero esto es porque generalmente, las mujeres son malas literatas. Y cuando son de las buenas, como Madam Staël, como Jorge Sand y como la Sra. Pardo, se convierten casi en hombres. Esto último es lo que repugna *Clarín* y lo que reprocha á la Sra. Pardo. Y en esta repugnancia es en lo que no voy de acuerdo con el crítico. Si la Sra. Pardo de Bazán es casi hombre, será eso una desgracia para el Sr. Bazán. Para mí, no. Es más, hasta quisiera que esa ilustre mujer fuera más hombre. Mujeres sobran. Hombres son los que hacen falta.

Puede la escritora gallega, ser fea; puede hablar con voz de cabo primero ó de sargento; puede gastar bigote y barba; puede fumar pipa: esos serán defectos que le encuentre su marido; pero yo que no soy su marido ni su enamorado, sino su lector, lo único que puedo exigirle, es que piense y escriba bien, sea como hombre ó sea como mujer.

¿A qué sexo pertenecen las obras de la Sra. Pardo? Creo, con *Clarín*, que no pertenecen al sexo femenino. De éste son las cartas de Madame Sevigné, cartas del género maternal. De éste son las novelas de Doña María del Pilar Sinués de Marco, que parecen modistas, ó mejor dicho, costureras. Femeninas son también las leyendas de Mlle. Scudery, que saben á dulces de esos que las señoras hacen en sus casas. Pero no son femeninas las obras de Madame Staël, á la que todos encomiamos con la condición de no volver á

leerlas, ni son femeninas, aunque *Clarín* asiente que sí lo son, las novelas de Jorge Sand. Sí estoy de acuerdo en que Madame Staël fué más hombre que Jorge Sand; pero no digo que Jorge Sand fué mujer. Una mujer no emplea toda su vida en predicar contra el matrimonio, la empleará en engañar á su marido, en divorciarse de él para unirse á otro; pero en decir que el matrimonio es malo, ¡no!

Madame Staël, Jorge Sand, la Sra. Pardo, Madame Adam, George Elliot y algunas otras, pertenecen á un sexo que pudiera llamarse el tercer sexo. Y todavía hay otro cuarto, el sexo de las malas escritoras, que es el sexo tonto.

El tercer sexo es el de las escritoras de talento, el de las que *iban á ser hombres*. La Sra. Pardo pertenece á él. Por poco no es varón! Y eso poco que le faltó para que le salieran barbas á su inteligencia, es lo que echamos de menos en ella Leopoldo Alas y yo.

Clarín no explica bien el fenómeno. El dice: aquí hay muchísimo talento, pero falta algo. Y ese algo ha de ser la ternura de la mujer, la piedad, todas las virtudes que hemos convenido en atribuir al sexo débil.

Y con efecto, no hay ternura; no hay fe, propiamente dicha, en las obras de la Sra. Pardo; no hay tampoco en ellas mucho amor. Ozamam, hablando de San Francisco, es más femenino, más creyente, más cariñoso, que la insigne gallega cuando trata el propio asunto. Lamartine, en cualquiera parte de sus libros, es más femenino que la Sra. Pardo.

Pero ¿esto es un defecto en ella? No, á mi juicio. ¿Por qué quiere *Clarín* que escriba ella como mujer? Si escribiera así, escribiría mal, como escribe la Sinués. No puede negarse que es muy mujer esta señora. Aconseja á sus hijos, ó sea, á sus lectores, que cumplan los mandamientos de la ley de Dios; que traten bien á sus señoras; que no se embriaguen; que no jueguen; que no cometan adulterio; habla de trajes, de peinados, de modas. . . . y porque es tan mujer no la leemos nosotros. La ternura, la caridad, etc., que pide *Clarín* á la Sra. Pardo de Bazán, la pediremos á nuestra esposa, á nuestras hijas; pero no á ella. Precisamente lo que en substancia queremos es que sea más hombre. Y también ella lo quiere. . . . solo que no puede!

Cuando escribe la *Cuestión Palpitante* ó sus conferencias sobre Rusia, no es bastante hombre; tiene temor á que le digan: —una señora como Ud., no debe decir eso.—Cuando escribe la novela un

Viaje de Novios ó la Vida de San Francisco, no es bastante mujer, porque quiere ser hombre. Y de esta incompatibilidad entre el talento y el sexo, nace el defecto que halla *Clarín* en tales obras.

Ya hablaré largamente de ellas, con pretexto de este último y precioso opúsculo del más franco y honrado de los buenos críticos españoles.



OCTAVIO FEUILLET.

El cable nos anunció hace muy pocos días la muerte del notable literato francés Octavio Feuillet. Sin llegar á codearse con los grandes novelistas ni con los grandes poetas dramáticos, sin sobresalir extraordinariamente de su generación literaria, tuvo Feuillet su lugar aparte y distinguidísimo en el arte. Representaba cierta literatura de buen tono, honrada sin ser gazmoña, cortés, galante, respetuosa, y sobre todo de exquisita elegancia. Más irreprochablemente honrada, más sencilla, más llana era la novela de Julio Sandeau, pero se parece á la de Feuillet como una madre buena, bella y cariñosa que puede parecerse en el carácter al hijo mimado, galanteador y un poquillo calavera. El arte de Feuillet nació de buenos padres, incapaces de cometer faltas graves y hasta algo devotos; fué envuelto en ricos pañales y entró al mundo, vestido de etiqueta, en noche de gran baile; pero ya el hijo pertenecía naturalmente á época distinta de la de sus progenitores, la juventud y el talento le favorecían para obtener lo que llaman en los salones «buena fortuna,» tuvo amigos, enamoradas, queridas. . . . ¡chist! seamos discretos! y sin jamás enfangarse en la prostitución disfrutó de ciertos goces. . . . que no fueron precisamente los de la familia. El talento de Feuillet tuvo un amigo predilecto, que lo sedujo con su gracia, con su garbo, con su varonil belleza, con sus locuras, con su porte de gran señor: el genio de Musset.—Ah!—se decía Feuillet probablemente—si yo pudiera ser como ese Alfredo!—Pero no podía ser así, en segundo

lugar, y permítaseme aquí invertir el orden porque no quería romper con sus amistades aristocráticas, renunciar á la sonrisa de las ancianas marquesas y á ser el compañero de wals de las marquesitas; y, en primero, porque le faltaba una condición indispensable para ser como Musset: el genio.

No prescindió, sin embargo, de imitar en algo al gran poeta, aun cuando sólo fuera en el modo de anudarse la corbata. Las *Escenas y Proverbios* de Feuillet son como tímidos remedos de las lindísimas comeditas de Musset. No fué émulo de este gran poeta el pulcro novelista; pero sí fué su enamorado. ¡Qué distancia los separa! Musset comenzó á ser inmortal cuando murió, Feuillet, fué en vida uno de los cuarenta inmortales que suelen no vivir después de muertos.

Yo siento que este delicado escritor haya muerto; y siento más creer que va á morir de veras, esto es, en la memoria, en la admiración, en el cariño de las generaciones que vengan y á las que él no encantó con su talento de pianista literario. Pero ello no será culpa de él que supo hacerse amar y que tuvo gran mérito, sino de esta formidable competencia, de esta excesiva producción literaria que estamos presenciando, de esta lucha por la vida intelectual en la que devoran los más fuertes á los menos fuertes y es preciso ser Hércules para sobrevivir. No puede exigirse de la posteridad que recuerde tan prodigioso número de nombres y les rinda culto.—No hay posada para tantos—nos contestaría,—como repuso un hostelero al portugués finchado que llama á la puerta, enumerando todos los nombres, títulos de nobleza y dignidades que él tenía. ¡No hay templos, no hay altares, no hay horneras, no hay nichos, no hay peanas, no hay creyentes para ese ejército de santos!—De suerte que, muchos, muchísimos, quedarán afuera, como la muchedumbre que se agolpa en la plaza, ante un palacio, para ver los balcones resplandecientes de las grandes salas en donde bailan ó cenan los privilegiados.

Y Feuillet estará entre esa multitud de no invitados. Lo digo con tristeza, porque el talento de ese autor me es muy simpático. Ya he dicho la palabra que me parece exacta y característica: *simpático*. Pero no simpático nada más por su buena presencia, por su galán aspecto, por la elegancia en el vestir, sino porque era esencial, aunque tímidamente, artístico.

La obra de Feuillet es de medias tintas. No pintaba él con colores sino con matices. Las heroínas de sus novelas son honradas á

medias. Quieren á ratos ser malas, ya van á caer; pero en ese instante crítico, aparece el Sr. Feuillet, que, en resumidas cuentas, es una especie de San Francisco de Sales, pecador y autor de la *Vida Devota* de la galantería; á la dama que tropieza, le da el brazo y se la lleva á su marido. Suele llegar tarde; pero, en tales casos, no cae la heroína por su culpa, sino por la de Feuillet que no supo ó no pudo llegar á tiempo. Y entonces, como él se considera en parte responsable de la caída, procura con mucha habilidad disculpar á la hermosa. . . . *distraída*. . . . y lo consigue.

Casi todas las heroínas de este novelista salvan su honor. . . . ¡por un cabello! Y casi siempre, por el único cabello que les queda á sus maridos.

¿Son buenas ó son malas esas encantadoras indecisas? No he logrado averiguarlo. Para mujer propia no me gusta ninguna de ellas. Y para otra cosa. . . . tampoco.

De esta perenne indecisión, de esta constante media luz, de lo escurridizo de tales caracteres, resulta acaso que las creaciones de Feuillet no pueden ser inmortales. Nunca se fijan. No se paran. Pero eso sí, son todas muy bonitas.

Algunas llegan á ser pecadoras y malas; feas ninguna. Feuillet las absuelve, las purifica con el agua lustral de la belleza. Nos dice—que ya están arrepentidas,—y nosotros lo creemos porque. . . . aquellas cantatrices cantan mal; pero con una boca tan bonita!

Si Dios hubiera consultado con Feuillet no habría hecho el infierno. . . . ó, en caso extremo, habría dejado el infierno para las feas. El *Musset de las familias*, como en algún tiempo le llamaron, quería ir al cielo con los santos y las santas, con los buenos y las buenas. . . . y con algunas pobrecitas pecadoras. La santa de su devoción fué seguramente Magdalena.

Y es de advertirse que este mismo temperamento de las amables heroínas es el de su creador. Quiere, pero no puede, ó se acobarda. Quiere ser Musset, tiende la mano y no alcanza. Quiere observar como Dumas hijo—no como Balzac que lo asusta—ser realista—nunca naturalista, porque eso es demasiado—quiere escribir novelas experimentales pero tiene miedo de que lo vaya á saber el romanticismo. En resumen, es un casado con la escuela romántica, cuando la señora está criando, suele cenar en *gabinet particulier*, con alguna dama. . . . enteramente naturalista.

Supongamos un cuerpo hermoso de mujer: Zolá llega y lo sacude

brutalmente; Paul Bourget, con muchísima delicadeza, le va sacando vísceras por vísceras, entraña, por entraña; Feuillet toma las pinzas, sabe de cirujano, va á hacer la autopsia. . . . pero se arrepiente, lo pica. . . . y luego lo acaricia.

Si hacemos un recuerdo de lo que Feuillet lega á las letras, no encontraremos obras, pero sí páginas admirables. Tampoco hallaremos nada feo, nada vulgar, porque todo lo suyo es bello y distinguido; pero el conjunto nos deja honda impresión en el espíritu. Acaso el personaje que viva más será ese M. de Camois, que muere antes de que empiece la novela dejando una carta que es todo él y toda una obra maestra de moral inmoral y paradógica.

Lo que siempre hallaréis en los libros del escritor francés recién salido de la inmortalidad académica, es un estilo terso, correcto, brillante á veces, siempre elegantísimo, que no se atreve á mucho, que no es muy lujoso, pero que cautiva y enamora. *La novela de un joven pobre*. . . . ¡qué bonita! *Salammbó*. . . . ¡qué bella! *Los Miserables*. . . . ¡que hermoso! Muerto Feuillet, sus heroínas no pertenecerían á otro. Jorge Ohnet las quiere. . . . pero si para emular á Musset faltaba á Feuillet genio, para emular á Feuillet le falta á Ohnet ser artista.



LA CORONACION DE GUILLERMO PRIETO.

Mi buen amigo el joven y correcto escritor Antonio de la Peña y Reyes ha publicado en el «Liceo Mexicano» un buen artículo sobre la coronación del maestro Prieto.

La idea de hacer una manifestación de gratitud y de respeto y de cariño al viejo bardo, me parece excelente, y estaré porque se lleve á cabo, siempre que se pueda organizar una ceremonia digna del maestro.

En tesis general, y ya otra vez lo he dicho, no estoy por la coronación. No me parece necesario que un platero labre y cincele una corona, y que alguien coloque esta corona en la cabeza cana de un poeta viejo, mientras la banda militar rompa en un himno, para que el poeta entre en la inmortalidad. Este espectáculo es teatral, y sucede con él lo que con las comedias de magia: *Rothomago*, en un teatro de París, con hermosas decoraciones, hermosos trajes y cien hermosas bailarinas, es un espectáculo sorprendente; pero *Rothomago* en el teatro Arbeu, con los telones decrépitos de la *Pata de Cabra*, los trajes que visten los cómicos en el *Campanero de San Pablo* y las tres bailarinas con que aquí se cuenta—tuerta una de ellas,—y que son el reverso de las tres gracias, sería un espectáculo risible. Las coronaciones son comedias de aparato que han menester de empresario, y de que éste empresario sea un Pontífice ó un Rey. El pueblo es pobre; el pueblo no tiene dinero para comprar coronas ni para pagar música ni para construir tronos de oro; su música es de aplau-

sos y de gritos, y el trono que levanta á sus héroes, es el trono de sus hombros, y, sin embargo, esta coronación que ya mil veces ha logrado Guillermo Prieto, al triunfar en la Cámara, al terminar la lectura de una oda patriótica, al levantarse á defender los intereses más sagrados de la República; esta coronación tumultuosa, espontánea, entusiasta; esta coronación de gritos y sombrerazos (aunque la frase sea vulgar, es gráfica), vale más, mucho más que las coronaciones decretadas y oficiales. Al Aretino, poeta obscuro, nauseabundo y malo, rayano en pésimo, lo coronaron con solemne pompa. ¿Quién se acuerda hoy del Aretino? A Byron lo calumniaron, lo despreciaron, lo infamaron en vida. ¿Quién no admira á Byron?

Sí, estas coronaciones son como el veto imperial impuesto á la poesía. Creen los soberanos que pueden armar poetas como pueden armar caballeros. Piensan que les dan lo que ellos tenían ya de antemano. ¿Qué república ha coronado á los poetas? Una sola, la imaginaria república de Platón, y eso para desterrarlos. Lamartine no fué coronado, y Lamartine era Romeo de la república. A Víctor Hugo tampoco se le coronó; se le aclamó. Y la república hace bien: las testas ungidas por el genio no se inclinan. Los laureles que deben ceñirlas no se compran. ¿Quién pondría la corona en la cabeza venerada de Guillermo Prieto? ¿Un poeta? ¿Cuál? ¿Un alto funcionario destinado por el Gobierno? ¡Qué blasfemia!

A Petrarca lo coronó la voluntad de un Pontífice; á Quintana lo mismo que á Tennyson la voluntad de una Reina, y Reinas y Pontífices creyeron que agraciaban, que favorecían, que coronaban . . . Y lo que procuraron fué hacer su tributario al genio; tomarlo como pretexto para llamarse protectores de las letras; uncirlo á su carro de victoria; obligarlo á ponerse de rodillas.

Coronar á Guillermo Prieto me parece inútil. El tiene muchas coronas suyas, no recibidas por decreto ni merced, sino ganadas en la lucha; y tiene además todas las coronas que haya conquistado la actual generación, que toda es suya. Recuso al tribunal que ha de otorgarle esa recompensa, porque Prieto sólo por sus iguales puede ser juzgado.

Pero si se trata de manifestar admiración y gratitud al viejo bardo, amado siempre de la joven democracia, seré el primero en procurar que se realice solemne tal idea. Acaban de coronar á Zorrilla en Granada, y en Zorrilla han coronado á una hermosa poesía muerta. Le llevaron flores, como llevan flores á un sepulcro. En la

poesía de Zorrilla alienta la España que ya no existe, con sus grandezas y fanfarronadas, con sus virtudes y sus vicios, con sus caballeros y sus truhanes. Pero esta poesía—pregunto yo—¿ha servido de algo en la evolución de España? Ya sé que el artista no está obligado más que á realizar la belleza, y por eso celebro que se tributen honores á Zorrilla; pero el artista que, realizando la belleza, persigue á la vez un ideal social; el que impulsa á los pueblos en el camino del progreso; el que sabe animar á los soldados en la lid, como los animaba el canto de Tirteo, ese es más grande . . . ese es Guillermo Prieto.

Compárese una vida con otra: la de Zorrilla es la del trovador que halaga y hechiza á la hermosa castellana con sus cantares y leyendas, y cena en el castillo y se va luego. Es una música que pasa. Zorrilla se me figura peregrino que regresa de la España morisca, de la España goda, de la España caballeresca, y que refiere, al amor de la lumbre, lo que ha visto; como los peregrinos de otras épocas referían lo que habían visto en Tierra Santa cuando de ella volvían. Pero Zorrilla habla siempre de muertos, del santo sepulcro de España. No inspira deseos de resucitar á los héroes á quienes canta: porque hoy encausaríamos al alcalde Ronquillo, se llevarían á Don Juan Tenorio los gendarmes, y Don Pedro I de Castilla tendría la misma reputación y el mismo fin que D. Rufino Barrios. Zorrilla canta á una pálida muerta; Guillermo Prieto, á una recién nacida: la libertad.

Este último tiene un concepto más elevado y comprensivo de la función del poeta en las sociedades modernas. No es el bufón que solaza ni el trovador que entretiene, ni el tañedor de lira que deleita: es el que entusiasma. A sus versos les dijo: ¡haced soldados! Y sus versos los hicieron. Ha sacudido los nervios de tres generaciones con sus odas. A la república le dijo: ¡he aquí mi genio! Y le dijo á la libertad: ¡toma mi vida!

¿Qué ha hecho Zorrilla? Versos muy hermosos. ¿Qué ha hecho Prieto? Inspirar en sus cantos el amor á la Libertad; enseñarnos con su ejemplo á que seamos honrados; educar, instruir, ser de todos maestro, porque su vida es una lección admirable.

Que Zorrilla acepte una corona, está en razón. El fué siempre cortesano de la riqueza. Prieto, que ha despreciado siempre la riqueza, no necesita de coronas. Tiene más.